JOAN MIRÓ Y CATALUÑA

© ELOI BONJOCH

JOAN MIRÓ, A LO LARGO DE SU VIDA, DEJÓ MUY CLARO SU AGRADECIMIENTO HACIA CATALUÑA, NO SÓLO CON EL LEGADO QUE DEJÓ A SU PAÍS SINO TAMBIÉN CON SU ACTITUD.

ROSA MARIA MALET DIRECTORA DE LA FUNDACIÓN JOAN MIRÓ

Joan Miró había afirmado en distintas ocasiones: "Es preciso mantenerse enraizado en la propia tierra para ser universal". Esta frase, planteada aparentemente de forma contradictoria, contiene, en buena parte, la clave del secreto de la obra mironiana y nos indica la importancia que el artista concedió a la enseñanza que, en distintos niveles, recibió de la propia tierra.

Este reconocimiento provocó, en el artista, una actitud extremadamente generosa con Cataluña, para la que no limitó nunca ni trabajo ni esfuerzos.

Volviendo ahora a las palabras del propio artista, ¿qué quería decir cuando manifestaba su deseo de mantenerse en estrecho contacto con la propia tierra? Sin duda se refería a la necesidad que debía de sentir, no sólo de no perder la propia identidad, sino también al deseo de producirse, como ser humano y como artista, a partir de la esencia heredada del modo de ser y la cultura de su país.

Esta herencia, entendida en un sentido lato, debe ser contemplada desde una doble vertiente. Por un lado, es preciso tener en cuenta la formación y la información que, voluntariamente, el artista buscó para satisfacer su vocación. Por otro lado, no debemos olvidar el substrato social y cultural que, a lo largo de los años, configura la esencia de los pueblos y de su gente y que, sin duda, deja sentir su huella en todos los que le son próximos.

En un primer nivel de análisis, pues, debemos tener en cuenta la importancia de las clases que Joan Miró pudo seguir en Barcelona, así como el impacto que produjo en el joven discípulo la enseñanza de alguno de sus maestros. En primer lugar, en la escuela de Lonja, conoció a Modest Urgell, pintor del romanticismo catalán, nacido en 1839. Tenemos la seguridad de que Miró aprendió a valorar y apreciar, con este maestro, los espacios vacíos y la línea del horizonte y conservó siempre, de él, un recuerdo afectuoso ya que, a través de la colección de dibujos que el artista donó a la Fundación que lleva su nombre, podemos comprobar que la obra de Modest Urgell estuvo siempre presente en la mente de Miró. De tales hechos dan fe los cuadernos de bocetos correspondientes a la última etapa de su vida. En definitiva, podemos considerar que Modest Urgell desempeñó un papel decisivo en la peculiar manera con que Miró concebía el espacio de una tela y diferenciaba, en él, el sector que ocupaban los seres que pueblan el universo celeste del que corresponde a la tierra.

Otro maestro del que Joan Miró hablaba con frecuencia como al incitador de una de sus facetas como artista, concretamente la de ceramista y escultor, fue Francesc Galí. Éste tenía una escuela privada, de espíritu más abierto que el de Lonja, a la que asistió también Joan Miró. Las clases teóricas se alternaban con las prácticas, destinadas no sólo a la enseñanza del dominio de las artes plásticas, sino también al conocimiento de la música y de la poesía.

Las clases de Francesc Galí sirvieron a Joan Miró para descubrir la importancia de uno de los sentidos habitualmente menos desarrollados por los pintores, el del tacto. Galí advirtió muy pronto los dotes de colorista de Joan Miró, pero descubrió también la dificultad que tenía para representar algunas de las formas, especialmente la humana. Eso le llevó a poner en práctica un insólito sistema de aprendizaje con el joven discípulo. Tras tapar los ojos de Joan Miró, le hacía palpar un objeto, las manos o la cabeza de un condiscípulo, que, posteriormente, tenía que dibujar sin haberlos visto. Son testimonios de este tipo de ejercicios los escasos dibujos que de esta época se han conservado, guardados actualmente en la Fundación Joan Miró.

Esta particular manera de actuar dio paso a una nueva dimensión en la creación mironiana, la obra con volumen —cerámica, escultura— y el gusto por las distintas texturas de la materia, susceptible de ser incorporado a la obra de arte.

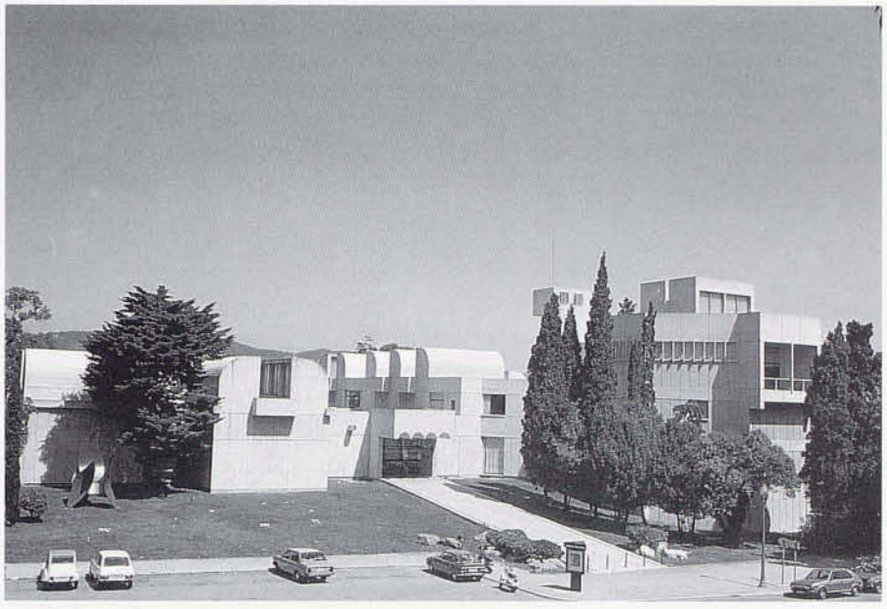
En un segundo nivel de análisis, dejando de lado las influencias recibidas al nivel estrictamente escolar o pedagógico, sin duda Joan Miró recibió otras que, de forma por completo espontánea o natural, debían afectar favorablemente su sensibilidad. En primer lugar recordemos que Joan Miró vivió, en su Barcelona natal, todo el ímpetu y la euforia formal del Modernismo. El artista había reconocido en distintas ocasiones su profunda admiración por Antoni Gaudí, con quien coincidía, pese a la diferencia de edad, en las clases de dibujo del Cercle Artístic de Sant Lluc, otra de las escuelas de arte a las que Miró asistía.

Por otro lado, recordemos que fue también en Barcelona donde Joan Miró, pequeño todavía, entró en contacto con la estética de las pinturas del románico catalán, en aquellos momentos acabadas de trasladar de las iglesias del Pirineo al Museo de Arte de Cataluña. La hierática actitud de los santos, el concepto de la perspectiva y la sobriedad de los colores propios del arte románico, aparecen en alguna de las obras de juventud de Joan Miró.

No podemos dejar de mencionar otro factor decisivo y, según había advertido Miró en distintas ocasiones, el más importante para él en el momento de configurar su lenguaje plástico: el impacto producido por sus contactos con la vida del campo.

El hecho de que sus abuelos paternos vivieran en Cornudella, pequeño pueblo si-

© PHOTO MAN RAY



tuado en la zona interior, al sur de Cataluña, hizo que, desde muy pequeño, Joan Miró entrara en contacto con esta región de fuertes contrastes geográficos. La compra, por parte de sus padres, de la masía de Mont-roig, que años más tarde inmortalizaría en una de sus obras, hizo que los contactos de Miró con las tierras tarraconenses fueran cada vez más constantes y profundos.

Sus estancias en Mont-roig enseñaron a Joan Miró a valorar y amar todo lo relacionado con la vida del campo, con el esfuerzo del hombre que lo trabaja, con los seres —animales y vegetales— que lo animan y le dan vida y con los astros que, a menudo, aparecen en su obra.

De este contacto estrecho con la tierra provenía, según el propio artista, su fuerza creadora. Sin duda la afirmación está llena de sentido; ¿cómo, si no, se entendería que hubiera llegado a elaborar su inconfundible en innovador lenguaje, en cuyo origen hay una obra, aparentemente intrascendente, de carácter figurativo, *La Masía*, que fue dando lugar progresivamente a una depuración y elaboración de las formas de lo que acabó siendo el particular vocabulario mironiano?

Joan Miró, a lo largo de su vida dejó muy claro su agradecimiento hacia Cataluña, no sólo con el legado que dejó a su país sino, también, con su actitud.

En el momento en que, tras los años de máxima opresión política que vivió España, la situación comenzó a cambiar y, en Cataluña, en el terreno cultural, surgieron nuevas iniciativas, la aportación de Joan Miró se dejó sentir notablemente. Sólo por citar un ejemplo, recordemos el gran número de carteles que realizó y que fueron generosamente donados para promover tales iniciativas, desde un Congreso jurídico hasta el cartel conmemorativo de la edición del libro quinientos publicado por una editorial catalana o la actuación de un grupo de danza de vanguardia.

La obra de Joan Miró, como artista, va más allá del hecho testimonial o de una actitud hacia el propio país. Éste es un hecho del que nos congratulamos los catalanes, ya que la presencia de Joan Miró continúa muy viva entre nosotros gracias a todas sus obras que se encuentran en espacios públicos. Sin duda, Barcelona, ciudad natal de Joan Miró, es la que más se beneficia de esta situación, ya que sólo en esta ciudad se encuentran cuatro de las obras monumentales del artista: el gran mural del aeropuerto, el pavimento de cerámica de las Ramblas, la monumental escultura del Parc de l'Escorxador y la escultura de gran formato en el Ayuntamiento de la ciudad.

De todo el legado de Joan Miró, sin embargo, el aspecto más notable es la Fundación que lleva su nombre. Situada en el Parque de Montjuïc, en el edificio del arquitecto Josep Lluís Sert, gran amigo de Miró, se ha convertido en cita obligada para los estudiosos de su obra. La Fundación, creada con la doble finalidad de guardar y estudiar la obra de su fundador, por un lado, y de difundir el arte contemporáneo, por el otro, orienta sus actividades en función de este doble propósito. Para cumplir con el primer objetivo, la citada Fundación cuenta con un tesoro de valor incalculable: casi cinco mil dibujos, ciento ochenta pinturas, ciento cincuenta esculturas, la colección de la obra gráfica completa y libros de bibliófilo y las nueve piezas textiles, todo donado por Joan Miró cuando se creó esta institución.

Por lo que respecta a la segunda línea de actuación de la Fundación, en sus once años de existencia, esta institución ha conseguido un auténtico papel de vanguardia en la difusión del arte contemporáneo en Barcelona y, a lo largo de estos años, se ha convertido en punto de visita obligado para los amantes del arte y la arquitectura del siglo XX que visitan la ciudad.

En estos momentos sería casi un despropósito preguntarse cómo habría sido Joan Miró si hubiera nacido en cualquier otro país; probablemente su personalidad no habría dejado de manifestarse. Pero estamos seguros de que el panorama del arte contemporáneo habría sido por completo distinto para Cataluña si no hubiera podido contar con la presencia humana y artística de Joan Miró. ●